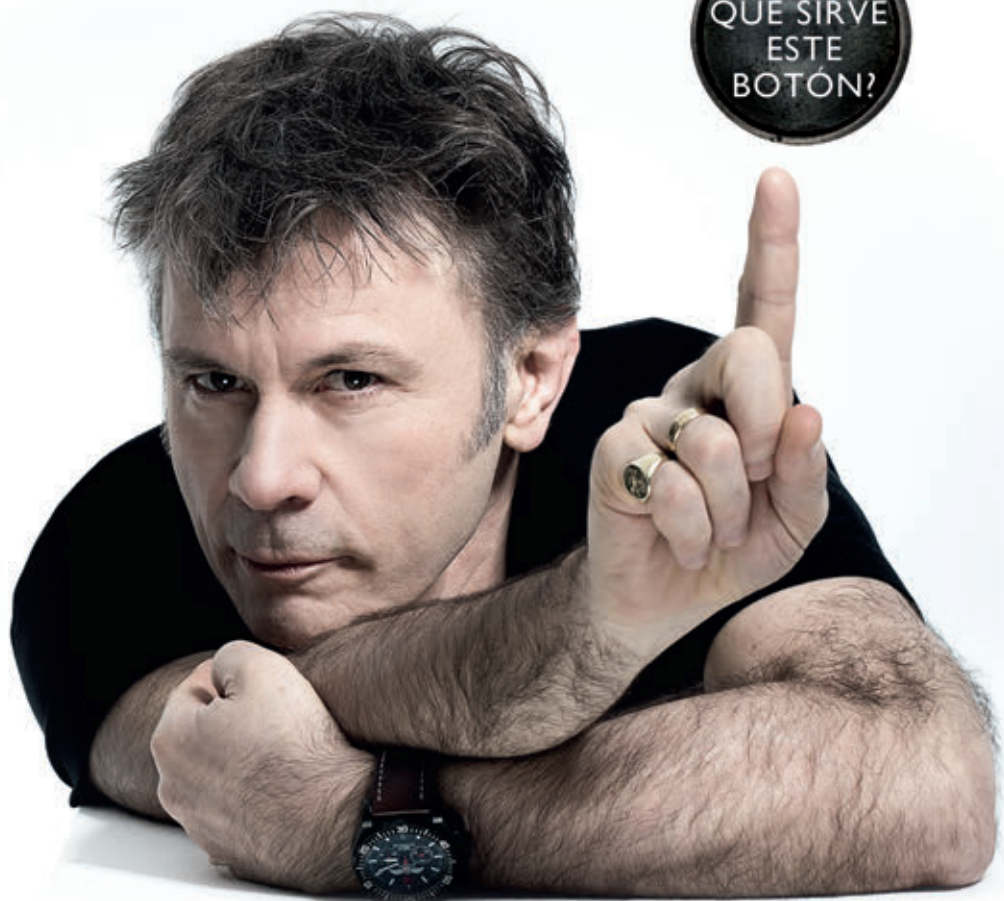


¿PARA
QUÉ SIRVE
ESTE
BOTÓN?



BRUCE DICKINSON

*Una autobiografía**

* PUEDE CONTENER HEAVY METAL DE ALTOS VUELOS



BRUCE DICKINSON

Una autobiografía

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Bruce Dickinson. An Autobiography* publicado originalmente en inglés en el Reino Unido en 2017 por HarperCollinsPublishers Ltd.

© Bruce Dickinson, 2017

© por la traducción Pilar Recuero Gil, 2018

Diseño de cubierta de Claire Ward © HarperCollinsPublishers Ltd 2017

Imágenes de cubierta: © John McMurtrie (frontal), © Ross Halfin (contracubierta y lomo), © Paul Harries (autor), Shutterstock (fl aps).

Nos hemos esforzado por confirmar y contactar con la fuente y/o el poseedor del copyright de cada foto y la editorial pide disculpas si se ha producido algún error no premeditado u omisión, en cuyo caso se corregirá en futuras ediciones de este libro.

Primera edición: junio de 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Libros Cúpula es marca registrada por Editorial Planeta, S. A.

Este libro se comercializa bajo el sello Libros Cúpula

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-480-2447-5

Depósito legal: B. 7.779-2018

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

ÍNDICE

Prólogo	9
Nacido en el 58	11
Vida en Marte	23
¿Quieres colegio? Pues toma colegio	31
Advenedizo angelical	37
La venganza del arenque ahumado	41
Un viaje inesperado	51
Encerrad a vuestras hijas en casa	63
Casi al descubierto	69
La isla de los Perros	77
Una revelación	83
La cruzada del heavy metal	93
Elixir de los dioses	105
Vecino de la bestia	111
La montaña rusa	127
Subidos al carro	139
Nuevo batería	147
Tubos de órgano	159
Powerslave (esclavo del poder)	163
Cortinas de hierro	169
Nieve, cuero y sadomaso	177
Los chicos del Brasil	183
En el filo de lo desconocido	187
En serio, un batería puede volar	191

Una ciudad con doble cara	199
No puedes hablar en serio	207
Moonchild (hijo de la luna)	215
Masacrando hijas	223
Líneas de falla	231
En el ala floja	237
Saltar de la sartén...	251
...para caer en las brasas	255
Radio pirata	275
Edison y el momento bombilla	281
Intercambio de cerebros	289
El primer vuelo del Bruce Goose	297
Volar, virar	305
Septiembre negro	311
Por los pelos	317
El versátil Bruce	327
¿Qué podría salir mal?	331
Bruce Air	337
Alquimia	347
Amarga experiencia	351
Enfrentarse a la tormenta	365
El puto cáncer	369
Epílogo	393
Agradecimientos	395
Créditos de la imágenes	397

Nacido en el 58

Los sucesos que se van sumando para dar forma a una personalidad interactúan de una manera extraña e impredecible. Era hijo único y fui criado por mis abuelos hasta los cinco años. Lleva tiempo descubrir las fuerzas dinámicas de las familias, y a mí me llevó mucho tiempo darme cuenta. Comprendí que mi educación fue una mezcla de culpa, amor no correspondido y celos, aunque todo cargado de un abrumador sentido del deber, de obligación de hacer lo mejor. Ahora entiendo que no había mucho afecto, pero sí una razonable atención a los detalles. Dadas las circunstancias, pudo irme peor.

Mi verdadera madre era una mamá joven casada en el momento oportuno con un soldado un poco mayor. Él se llamaba Bruce. Mi abuelo materno tenía la misión de vigilar las actividades de cortejo de la pareja, pero no tenía la suficiente capacidad crítica, mental ni moral, para estar a la altura de esa tarea. Sospecho que simpatizaba en secreto con los jóvenes amantes. No era ese el caso de mi abuela, a quien un rufián le había robado a su única hija, y ni siquiera uno del norte, sino un intruso de las tierras bajas y desoladas, salpicadas por gaviotas, de la costa de Norfolk. Este de Inglaterra: pantanos, marismas y ciénagas; un lugar que fue durante siglos el hogar de los inconformistas, de los anarquistas, de los mendigos útiles para el trabajo y de la existencia ganada a duras penas arañando la tierra recuperada.

Mi madre era menuda, trabajaba en una zapatería y había ganado una beca para estudiar en la escuela del Royal Ballet, pero

su madre le prohibió marcharse a Londres. Cuando se le negó la oportunidad de vivir su sueño, cumplió el siguiente sueño que se le presentó, y con él llegué yo. Me quedaba mirando una foto suya, en puntas, probablemente con catorce años. Parecía imposible que ella fuera mi madre, una aspirante a estrella chispeante y llena de alegría ingenua. La foto sobre la repisa de la chimenea representaba todo lo que podría haber sido. Ya no quedaba en ella ni rastro de la danza, ahora todo era deber; y algún que otro gintonic.

Mis padres eran tan jóvenes que me resulta imposible decir qué habría hecho yo si los roles se hubieran invertido. La vida consistía en educar y salir adelante, más allá de la clase obrera, pero trabajando en varios empleos. El único pecado no fue esforzarse mucho.

Mi padre se tomaba muy en serio la mayoría de las cosas y lo intentaba con ahínco. Miembro de una familia de seis, era el vástago de una campesina, que fue obligada a servir con doce años, y un astuto constructor local y capitán motero del equipo de fútbol de Great Yarmouth. Los grandes amores de la vida de mi padre fueron la maquinaria y el mundo de los mecanismos, la medición del tiempo, el diseño y el dibujo lineal. Le encantaban los coches y conducir, aunque consideraba que las leyes sobre velocidad no iban con él, como tampoco los cinturones de seguridad ni el conducir borracho. Cuando perdió el permiso de conducir, se alistó como voluntario en el ejército. A los voluntarios se les pagaba mejor que a los que eran reclutados, y el ejército no parecía quisquilloso con respecto a quién conducía los jeeps.

Con el permiso (militar) de conducir recuperado al instante, sus talentos de ingeniería y su habilidad lo condujeron a un trabajo en el que se trazaban los planos para el fin del mundo. En torno a una mesa, en Düsseldorf, dibujaba con cuidado los círculos de megamuertes que se esperaban en el anticipado apocalipsis de la guerra fría. El resto del tiempo lo debía de pasar bebiendo whisky para ahogar el aburrimiento y la desesperanza de todo

aquello, imagino. Mientras aún estaba alistado, mi bailarina madre de aspecto desvalido se enamoró perdidamente de este corpulento campeón de natación (mariposa, nada menos) de Norfolk.

Como vástago no deseado del hombre que le robó a su única hija, yo representaba al engendro de Satanás para mi abuela Lily; pero para mi abuelo Austin era lo más parecido a un hijo varón que jamás tendría. Los primeros cinco años de mi vida fueron de hecho *in loco parentis*. Mi primera infancia transcurrió de manera bastante aceptable. Hubo largos paseos por el bosque, madrigueras de conejos, inolvidables puestas de sol invernales y brillante escarcha que relucía bajo el cielo púrpura.

Mis verdaderos padres habían estado viajando y trabajando en una serie de clubes nocturnos con su espectáculo de perros artistas: con caniches, aros y mallas. Imagínate.

El número 52 de la calle Manton Crescent estaba pintado de blanco. Era una vivienda adosada de protección oficial estándar, construida en ladrillo. Manton Colliery era una profunda mina de carbón y allí trabajaba mi abuelo.

Mi abuelo fue minero desde los trece años. Como era demasiado pequeño para ser legal, mintió de manera astuta y descarada sobre su edad y su altura, que no era mucha, como la mía. Para sortear la legalidad, según la cual se era lo suficientemente alto como para «bajar al pozo si el cordón de la linterna no arrastraba por el suelo mientras se la llevaba sujeta en el cinturón», él le hizo un par de nudos al cordel. Estuvo a punto de ir a la guerra, aunque no llegó a traspasar la puerta del jardín. Estaba en el Ejército Territorial, voluntario a tiempo parcial, pero como la minería del carbón se consideraba una ocupación esencial no tuvo que luchar.

Así que allí se quedó de pie con su uniforme, listo, mientras su pelotón se marchaba a Francia a luchar. Fue uno de esos momentos propios de *Regreso al futuro*, en el que el hecho de abrir la puerta del jardín e irse a la guerra con sus compañeros habría

evitado que sucedieran muchas cosas, incluido yo. Mi abuela se plantó desafiante, con las manos apoyadas en las caderas, delante de la entrada principal.

—Si te vas, maldito, no estaré aquí cuando vuelvas —dijo.

Él se quedó. La mayoría de su regimiento jamás regresó.

Con un minero por abuelo, conseguimos la vivienda protegida y el carbón gratis, y el arte de hacer que el fuego del carbón calentase la casa me convirtió en un pirómano de por vida. No teníamos teléfono, nevera, calefacción central, coche ni un inodoro dentro de la casa. Les pedíamos prestada la nevera a otros y teníamos una pequeña despensa, húmeda y fría, que yo evitaba como la peste. La cocina consistía en dos placas eléctricas y un horno de carbón, aunque la electricidad era vista como un lujo que debía evitarse a toda costa. Teníamos una aspiradora y mi aparato favorito: un escurridor, compuesto por dos rodillos que exprimían el agua de la ropa lavada. Un mango gigantesco hacía girar la máquina, mientras las sábanas, las camisas y los pantalones caían en un cubo después de ser estrujados por los rodillos.

Había un baño portátil de plástico para mí, puesto que mi abuelo se lavaba en los aseos de la mina antes de llegar a casa. A veces regresaba a casa desde el pub, apestando a cerveza y cebolla, y se metía en la cama junto a mí, roncando ruidosamente. A la luz de la luna, que atravesaba las finas cortinas, podía ver las tristes cicatrices que adornaban su espalda: recuerdos de una vida bajo tierra.

Teníamos un cobertizo en el que se martilleaban y golpeaban trozos de madera, ni idea de para qué, aunque a mí me servía como escondite. Se convertía en una nave espacial, en un castillo o en un submarino. En el pequeño patio había dos viejas traviesas de ferrocarril que servían como velero, desde donde solía pescar tiburones que vivían en las grietas del hormigón. Había un huerto y unos efímeros crisantemos que se esfumaron una noche de hoguera en la que se extravió un cohete.

No teníamos mascotas, salvo una carpa dorada llamada Peter que sospechosamente vivió durante mucho tiempo.

Sin embargo, algo que sí tuvimos fue... un televisor. La presencia de este televisor reorientó toda mi temprana existencia. A través del cristal de la pantalla (de siete u ocho pulgadas, en blanco y negro granulado) aparecía el mundo entero. Funcionaba con válvulas, necesitaba varios minutos para calentarse y, cuando se apagaba, la luz se desvanecía de forma lenta y prolongada, lo que se convertía en un acontecimiento digno de ver por sí mismo. Poseía tanta mística que recibíamos visitas para ver el aparato en sí, para acariciarlo, ni siquiera para ver la televisión. En la parte frontal se ocultaban unos botones y diales que giraban a modo de cerraduras de combinación y seleccionaban los dos únicos canales disponibles.

Al mundo exterior, es decir, cualquier lugar fuera de *Work-sop*, se accedía principalmente a través de cotilleos; o del *Daily Mirror*. El periódico se utilizaba siempre para encender el fuego y normalmente yo veía las noticias con dos días de retraso, poco antes de que fuese enviado al infierno. Cuando Yuri Gagarin se convirtió en el primer hombre en ir al espacio, recuerdo que miré la foto y pensé: «¿Cómo se puede quemar esto?». La doblé y la guardé.

Si los cotilleos o el periódico viejo no funcionaban, el mundo exterior podía requerir una llamada telefónica. La gran cabina telefónica roja servía como un centro de distribución de tos, resfriado, gripe, peste bubónica, «lo que sea, lo pillarás» para el barrio. Siempre había cola en las horas punta, y una combinación infernal de botones que pulsar y discos rotatorios para hacer una llamada, junto con una gran cantidad de cambio necesario para las conversaciones largas.

Era como una versión muy incómoda de Twitter, donde las palabras estaban racionadas por el dinero y las vengativas miradas fijas de las otras veinte personas que esperaban en fila para inhalar el micrófono impregnado de humo y saliva y presionar el auricular cubierto de sudor y grasa de pelo contra sus cabezas.

En Worksop había que obedecer ciertos códigos de conducta y normas, aunque la etiqueta en las calles era muy informal. No se cometían muchos delitos y prácticamente no había tráfico. Mis abuelos iban andando a todas partes, o cogían el autobús. Ir al trabajo atravesando a pie los campos durante cinco o diez millas en cualquier dirección era algo a lo que estaban acostumbrados, y a mí me tocó también hacerlo.

Todo el vecindario estaba en permanente estado de trabajo por turnos. Si las cortinas de la planta alta estaban echadas durante el día, significaba: «Pasa de puntillas, minero del carbón dormido». Si estaban cerradas las cortinas del salón: «Apresúrate, fallecido amortajado para inspección». Esta práctica macabra era bastante popular si se daba crédito a mi abuela. Me sentaba en nuestro salón —permanentemente helado, con un silencio mortal, decorado con medallones de latón de los que adornan a los caballos y con candelabros pendientes de pulir— e imaginaba dónde podría yacer el cuerpo.

Por la tarde, la atmósfera cambiaba, y la casa se transformaba en una viñeta humorística de Gary Larson en vivo. Las sillas plegables de madera convertían el lugar en una peluquería con el azul como único color y una actividad colmenera como único juego de la ciudad. Mujeres con rodillas enormes y bolsas de plástico en las cabezas se evaporaban sentadas tranquilamente bajo las lámparas de calor, mientras mi abuela achicharraba, rizaba y producía ese horrible olor a cabello húmedo y champú industrial.

Mi comité de escape era mi tío John. Constituye una parte muy importante a la hora de saber qué botón pulsar.

En primer lugar, no era mi tío. Era mi padrino y el mejor amigo de mi abuelo; estuvo en la Real Fuerza Aérea británica (RAF) y luchó en la guerra. Como niño brillante de la clase obrera, fue absorbido por una RAF en expansión que necesitaba un sinfín de habilidades tecnológicas que escaseaban, y pasó a ser uno de los aprendices de Trenchard. El sargento de aviación

John Booker, ingeniero eléctrico durante el sitio de Malta, sobrevivió a alguno de los bombardeos más angustiosos de la guerra en una isla que Hitler estaba decidido a aplastar a toda costa.

Conservo sus medallas y una copia de su Biblia, debidamente anotada con versículos que infundían ánimo en un momento en el que las cosas debieron de haber sido inconcebiblemente sombrías. También hay fotos, una de él en pleno vuelo, a punto de ocultarse en una operación de vuelo nocturno, en el que, como personal de tierra, su presencia era totalmente innecesaria; lo hizo por pura diversión.

Sentado en sus rodillas, me agasajaba con historias de aviones, mientras yo tocaba la maqueta de aprendizaje de un Spitfire plateado y la de un Liberator de cuatro motores hecho de latón con un disco de hélice de plexiglás fundido de un Spitfire derribado y una almohadilla de fieltro verde debajo del zócalo, material que era un fragmento cortado de una mesa de billar inglés hecha añicos en un club maltés bombardeado. Hablaba de aeronaves, de la historia de la ingeniería en Gran Bretaña, de reactores, de bombarderos Vulcan, de batallas navales y pilotos de pruebas. Yo permanecía sentado durante horas, inspirado, haciendo aeromodelismo como muchos niños de mi generación, jugando con las calcomanías. Era un milagro que mis pilotos de plástico sobrevivieran siempre a los combates, puesto que sus cuerpos estaban envueltos por completo en pegamento, y las cúpulas transparentes cubiertas por huellas dactilares opacas. La tienda de maquetas de Worksop, donde construí mi fuerza aérea de plástico, seguía sorprendentemente en el mismo sitio la última vez que estuve allí con motivo del funeral de mi abuela.

Como el tío John era un tipo al que le iba la técnica, tenía un estanque del tamaño de la presa alemana de Möhne, que él mismo había construido, lleno de peces dorados y astutamente protegido mediante una red de alambre, y también conducía un espléndido Ford Consul, que estaba immaculado, por supuesto. Este coche fue el que me llevó a mi primer espectáculo aéreo a

principios de la década de 1960, cuando la salud y la seguridad eran para los gallinas y el término «reducción del ruido» ni siquiera estaba en el diccionario.

Los atronadores reactores como los Vulcan estremecían los tejados al realizar giros verticales con sus gigantescas alas delta, mientras que el English Electric Lightning, básicamente un cohete supersónico con un hombre a horcajadas sobre él, pasaba invertido como un rayo, casi rozando la pista con la cola. Poderoso.

El tío John me metió en el mundo de las maquinarias y los mecanismos, aunque me sentía igualmente atraído por los trenes de vapor que aún cruzaban la estación de Worksop. El puente peatonal y la estación siguen hoy prácticamente igual a como los conocí en mi infancia. Juro que siguen existiendo los mismos maderos sobre los que me ponía de pie siendo un niño. El humo, el vapor y las nubes de ceniza que me envolvían se mezclaban con el alquitranado olor a betún y me picaban las fosas nasales. Hace poco hice el camino de ida y vuelta a la estación. Pensé que era un trayecto puñeteramente largo, aunque no me lo parecía así cuando era pequeño. El olor aún persiste.

En resumen, me habría conformado con ser conductor de un tren de vapor, luego quizás piloto de combate... y si eso me aburría, siempre me quedaba la posibilidad de ser astronauta, al menos en mis sueños. Nada de lo que sucede en la infancia es en vano.

En cierto momento, sin embargo, se acabó la diversión, y fui a la escuela. La escuela de primaria Manton estaba destinada a los hijos de los mineros. Antes de que se cerrara alcanzó cierto nivel de notoriedad entre los lectores del *Daily Mail* al convertirse en la escuela en la que los niños de cinco años golpeaban a los maestros. En fin, no recuerdo haber pegado a ningún profesor, aunque me otorgaron las alas, y también lecciones de boxeo, después de un altercado sobre quién debería interpretar el papel de ángel en la función de Navidad. Yo codiciaba esas alas, pero en su lugar

me llevé un buen puntapié en la riña que continuó al otro lado de las puertas del colegio. El resultado no fue nada satisfactorio. Cuando volví del colegio desaliñado y con la ropa rasgada, mi abuelo me sentó y me hizo abrir las manos, que eran suaves y regordetas. Sus manos eran ásperas, como papel de lija, con trozos de piel callosa pegados como copos de coco a las profundas líneas que se abrieron cuando extendió las palmas delante de mí. Recuerdo el brillo de sus ojos.

—Cierra la mano, muchacho —dijo.

Eso hice.

—Así no; te romperás el pulgar. Hazlo así.

Y me enseñó cómo.

—¿Así? —dije.

—Sí. Ahora, golpea mi mano.

No fue exactamente como en *Karate Kid*; nada de plantarse a la pata coja en el extremo de un bote, nada de «dar cera, pulir cera» como en la peli de Hollywood. Sin embargo, al cabo de una semana más o menos, me llevó a un lado y con mucha suavidad, pero con una determinación de acero en su voz, me dijo: «Ahora ve y busca al chico que lo hizo. Y pon las cosas en su sitio».

Eso hice.

Creo que pasaron unos veinte minutos antes de que el profesor me sacara a rastras y me llevara por la fuerza hasta casa sujetándome vigorosamente. Mis clases de boxeo habían sido demasiado efectivas y a mi juicio, con cuatro o cinco años, con bastante poco discernimiento.

El ratata-tá del buzón hizo salir a un abuelo imposable: pantuflas, camiseta blanca y pantalones bombachos. No recuerdo lo que dijo el profesor. Todo lo que recuerdo fue lo que dijo mi abuelo: «Yo me ocupo».

Y después de eso, me soltó.

No recibí una paliza, ni una reprimenda, sino una desaprobación silenciosa y una charla sobre la moralidad de los puñetazos

y las reglas del juego, que básicamente consistían en no portarse como un matón con la gente, defenderse y no golpear nunca a una mujer. Un hombre amable, comprensivo y verdaderamente bueno jamás dejaba de proteger lo que le importaba.

No está mal para 1962.

En medio de todo esto, mis verdaderos padres, Sonia y Bruce, habían vuelto del circuito de exhibición canina y vivían en Sheffield. Nos visitaban los domingos a la hora de comer. Aún conservo la radio de baquelita de color crema y marrón que encendíamos en aquellas ocasiones. La situación siempre era bastante tensa; me dejó para toda la vida con un sentimiento de horror hacia las comidas en torno a la mesa, así como a la ginebra y al pintalabios. Yo le daba vueltas a la comida en el plato y me sermoneaban sobre no dejar las coles de Bruselas y sobre los peligros de no comer cuando la comida estaba racionada, algo que ya no sucedía, por supuesto, pero nadie alcanzaba a comprender esa realidad. Los mismos vestigios de la posguerra restringían el agua del baño a unos siete centímetros, causaban ansiedad por el uso de la electricidad y un malsano temor a la disipación psicológica provocada por hablar en exceso por teléfono.

Las conversaciones se salpicaban con desastres locales. Un fulano había sufrido un derrame cerebral..., alguien se había caído por las escaleras..., los embarazos adolescentes se multiplicaban... y un pobre muchacho se había hundido en la corteza de uno de los numerosos montones de escoria que rodeaban el pozo, cayendo sobre brasas ardientes que le habían provocado terribles quemaduras.

Un buen día, después de una comida dominical en la que me había comido las coles de Bruselas y la gallina que solía deambular por el jardín, llegó el momento de irme a vivir con mis padres. En el coche del tío John siempre me sentaba en el asiento del copiloto, pero ahora iba detrás, mirando fijamente por la ventana trasera, mientras los primeros cinco años de mi vida se iban quedando atrás al doblar la esquina.

Al final, miré hacia delante, hacia un futuro incierto. Había podido pelear un poco, había atrapado varios bichos feos, comandado mi propia fuerza aérea y estuve a punto de desafiar la gravedad. No podía ser tan difícil vivir con los padres, ¿no?